

D. M. MARTÍN VISIEDO

CAZALLA DE LA SIERRA

Encerrar en las breves líneas de un trabajo periodístico la semblanza del distinguido industrial cazallense, se hace de todo punto imposible. No basta sintetizar hechos ni prescindir de datos; es necesario si aquélla ha de resultar exacta, que la veracidad en la información acompañe al escritor que pretende decir algo en elogio de quien tantos ha sabido merecer.

Porque si el Sr. Martín Visiedo acreditó la marca de sus riquísimos aguardientes en los principales mercados de la Península, á fuerza de constancia y trabajo, su personalidad como hombre de arraigados prestigios, como caballero correcto en todos sus actos y como político probo, hace tiempo que ya nadie le discute. Sus amigos en ideas le admiran, y los que no lo son, son los primeros en reconocer sus bellas cualidades.

Hace años, bastantes ya, aunque el señor Martín Visiedo es aún joven, que se dedicó á la industria que tanto crédito le ha proporcionado. En principio tuvo que luchar con casas de la misma población en que él radica, acreditadas por su antigüedad y por la bondad de sus caldos; pero *nuestro industrial* trabajó con fe y entusiasmo hasta conseguir la envidiable nombradía que hoy disfruta y hacerse de la clientela que consume todos los aguardientes que elabora.

Y ese triunfo industrial, no lo consiguió por un azar de la fortuna, veleidosa casi siempre; alcanzólo á fuerza de constancia y trabajo honrado. Se propuso llegar y llegó al fin, no sin antes haber agotado, en gran parte, las energías y entusiasmos de una juventud dedicada por completo á la laboriosidad.

Hoy, los riquísimos anisados y aguardientes de M. Martín Visiedo, se disputan en todas partes, y los entendidos los conceptúan como los mejores que salen de las fábricas de esa población que tanto renombre alcanzó en bebidas espirituosas. Así se comprende que hayan sido premiados en cuantos concursos y exposiciones se presentaron.

Y como no vamos á dedicarnos á elogiar lo que todo el mundo elogia, porque sería una redundancia, diremos algo del hombre, de ese industrial honrado y caballeroso, digno por más de un concepto de figurar entre los hombres que valen.

Es un enamorado del ideal republicano. Por ese ideal ha luchado desde su juventud con verdadero empeño, con fe ciega. Todos los actos de su vida pública y privada están en consonancia con los principios democráticos por él amados.

Es un amigo del pueblo, precisamente porque de él salió, y sus esfuerzos y sus afanes se dirigieron siempre á buscar el engrandecimiento de aquél. No con vana palabrería, con hechos y hechos positivos.

Por propia idiosincrasia, el señor Martín Visiedo huye siempre del platonismo. Le gustan los hechos positivos, aunque para realizarlos haya necesidad de echar *por la calle de en medio*, como vulgarmente se dice.

Nos honramos publicando estos breves datos del laborioso industrial de Cazalla de la Sierra, al al que saludamos con el mayor afecto.

ó esperando á Mambrú en el Purgatorio.

I

Acércate á mi lecho, esposa mía:
sé que voy á morir... porque siento
que el cielo de la boca se me enfria.
Debes, cuando yo muera,
coger el testamento
por el cual te instituyo mi heredera.
¡No me llores, por Dios, y ten más calma,
pues parte del dinero has de gastarlo
en misas y en sufragios por mi alma!
¿Dices que todo? No; de ningún modo
consentiré que te lo gastes todo,
pero sí lo que juzgues razonable.
Pasemos á otro asunto:
Tú todavía estás muy aceptable
y temo que reemplaces al difunto...
—¡Yo te juro que no, querido esposo!
Gimió la pobrecita, medio loca,
depositando un beso delicioso
sobre los yertos labios de mi boca.
Aún me parece que su aliento aspiro
porque, tanto apretó la desdichada,
que de mi pecho se escapó un suspiro,
¡el último de aquella temporada!

II

Libre mi alma, remontando el vuelo
como tonta se fué derecha al cielo;
á las puertas llamó del Paraíso
y dijo con acento emocionado:
—¿Me da usted su permiso?
—Para entrar es preciso
que verga el alma limpia de pecado,
me respondió San Pedro. ¿Por ventura
eres el alma de todo limpia y pura?
—Muy limpia, no, señor, pero...
—Corriente,

juzgárenos ahora
si ha sido pecadora impenitente
ó ha sido penitente pecadora:
en el segundo caso, todavía
puedes gozar del bienestar eterno,
¡si no, vas al infierno!
¡Caracoles, pensé, lo sentiría!

III

Mi espíritu temblaba
mirando de sus culpas el proceso,
mientras el propio San Gabriel pesaba
las virtudes y vicios con un peso
como quien pesa queso.
.....
¡Oh, placeres malditos
que brindáis una dicha transitoria!
¡Pesaron más mis faltas y delitos
y tuve que marcharme de la Gloria!
Debes cumplir un plazo expiatorio
—advirtiome San Pedro— y me parece
que pronto volverás del Purgatorio
si allá en el mundo hubiera
algun que por tí rece;
¡un ser que no te olvide, y que te quiera!
—¿Sí? pues entonces vuelvo de seguida,
¡mi mujer de seguro no me olvida!

Veinte años ó algo más han transcurrido
desde que fui juzgado,
y aún espero sentado
que mi mujer recuerde á su ex marido,
¡Penando en sus caricias, juramentos,
lágrimas y protestas desleales
se aumentan mis terribles sufrimientos!
Además, para alivio de mis males,
supe que se casó con un teniente
que es de caballería,
y que viven los dos tan ricamente
gastando el capital que yo tenía.
Mientras que sufro la infernal tortura,
aquí espero á Mambrú... porque esa gente
ni en rezar se da prisa
ni paga por el alma de este cura
lo que vale una misa.

V

Lo reconozco, he sido un majadero:
Luchando sin cesar pasé la vida;
conquisté posición, dicha y dinero
para obsequiar á la mujer querida;
y ella buscó, cuando falté del mundo,
quien hiciera mis veces.
¿Dime, ingrata mujer, si no mereces
el desprecio más grande y más profundo?
De tí ya nada quiero. ¡Ni aun me reces!
¡Pero tiembla por él! porque te advierto
que si llega tu espíritu Tenorio
á pasar el dintel del Purgatorio,
puede tener por cierto,
que... no le mataré, pues viene muerto,
¿pero romperle el alma? ¡¡Se la rompo!!

Alberto Lozano.

COPLAS

Tus protestas de cariño
son cual del fuego las chispas;
¡que alegres saltan, que pronto
se reducen á cenizas!

Si te querré de verdad
que á donde quiera que miro
allí tu imagen está.

¡Permita Dios que te salga
un lunar por cada beso
que he colocado en tu caral

Si un critico fuera el quererte
debiera encontrarme añhora
sujeto por un grillete.

Como se llegue á enterar
de tu hermosura San Pedro,
le va á proponer á Dios
tu nombre para un lucero.

El amor que tú me tienes
ni el más sabio lo descifra...
¡es un belén de belenes!...

Esteban Caballero.



D. Joaquín Valverde.

POR AMBOS MUNDOS

Los ojos que rien.

Movimientos. — Vibraciones. — Contradicciones. — Centelleo. — Los alemanes. — Hasta hoy. — Regla general. — Gantz. — Estudios ligados. — Hombres y arañas. — Una friolera.

Las modernas observaciones científicas habrán podido crecer, especialmente en estos últimos diez años, extraordinarios y estupendos descubrimientos, noticias y detalles que han servido de base y de tema á infinidad de trabajos en revistas y periódicos; pero ninguna de ellas tan interesante como la que pudiéramos llamar *los ojos que rien*.

Todos hemos podido apreciar innumerables veces que en el órgano de la visión, cuando el hombre ríe, se presenta una extraña modificación que nada tiene de particular por cuanto que, formando parte, y parte principal, del semblante los ojos necesariamente habrían de contraerse por el movimiento de sus nervios y músculos, estrechamente relacionados con todos los que dan fisonomía al rostro y que al reírse una persona, se mueven, vibran y se contraen.

Pero aún hemos podido todos observar algo más extraordinario y no menos natural y explicable, y es el hecho de que sin que el sujeto trate de expresar su alegría, y hasta en el caso de que quiera ocultarla, se revele en sus pupilas con un centelleo, viveza y movimiento especial.

Pues de este mismo hecho han partido ahora algunos sabios alemanes, quienes ya sostienen con toda la gravedad de su profesión que así como el dolor se manifiesta por el lloro, símbolo material de aquél, también la alegría y el gozo tienen su exacta expresión en los órganos visuales.

Hasta aquí nada parece haber de extraño, pues que los ojos, por ser «el espejo del alma», como se decía en el ptoeta, tenían necesariamente que revelar los distintos estados de aquélla; pero lo sorprendente es que, según estos profesores, no es sólo en el hombre en quien ocurre esto, sino que igual les acontece á todos los animales.

Hasta hace muy poco (próximamente dos años) casi anímicamente se negó á los animales la facultad de reír; pero después de los maravillosos estudios de Gantz, ya fué admitida en ciertos seres inferiores al humano; pero también muy superiores en la escala zoológica.

Estos descubrimientos han sido ahora ligados á los de la sección psicofísica de la Academia de Berlín, y de ello se ha deducido que los ojos de cualquier animal *rien*, sin que el resto de su fisonomía lo haga ni se altere en lo más mínimo en muchas ocasiones.

Tal es la nueva teoría, que por igual abarca los dos ojos del hombre que los diez millones de ojos de algunos arácnidos, quienes, por lo visto, deben reír, cuando lo hagan, de una manera colosalmente estrepitosa.

Será algo así como si un hombre pudiese reír con nada menos que diez millones de bocas á un mismo tiempo.

Profesor...



¡A CENAR Y Á DORMIR! Cuadro de R. Heinfeld.